

LA IGLESIA CATOLICA Y EL PROCESO DE PRODUCCION MATERIAL EN COSTA RICA *

(Una invitación al análisis del período 1940-1978)

Jorge A. Chávez Ortiz

I. UNA INVITACION AL ANALISIS

1. Poco antes de las elecciones presidenciales, legislativas y municipales de Costa Rica, en 1978, uno de los principales diarios —ciertamente el de mayor circulación nacional— presenta en sus ediciones de una semana una secuencia de publicaciones que culmina la víspera misma de los comicios y que ofrece un interés extraordinario a cuantos analizan el campo de las relaciones entre religión, política y economía. Otros periódicos se sumarían pronto a lo que como era de preverse muy rápidamente se transformó en una viva polémica.

a) *Cronología de las publicaciones.*

2. Aparentemente en respuesta subsidiaria o supletoria a una gacetilla aparecida unos días antes¹, la mayoría del Cabildo Metropolitano, junto con otros sacerdotes —algunos de las parroquias centrales de San José— publica un campo pagado de página entera bajo el título “*Católico... y, ¿comunista?*”. Se trata de un violento ataque contra el comunismo al que, en breve, tienden a presentarlo como “enemigo irreconciliable del cristianismo” para, al mismo tiempo, solicitar, bajo diversas amenazas de índole religiosa, que el voto de los lectores no vaya a los partidos de izquierda². Ya en su origen, la utilización del argumento religioso en estas polémicas presenta unas características que no pueden pasar inadvertidas. En primer lugar, la gacetilla a la que hicimos antes referencia, es un tanto curiosa. Aparece en un lugar relativamente secundario del periódico, con el título de “*Piden orientación electoral a obispos*”. El artículo no presenta ninguna firma responsable, a pesar de no formar parte de la sección editorial y de que se trata, según la información, de una carta enviada a la Conferencia Episcopal de Costa Rica por “un grupo numeroso de ciudadanos”, unas líneas más abajo se precisa “costarricenses”. El propio articulista indica, además, al final, que la carta no fue analizada por los Obispos por no haber llegado a sus manos. El encomillado que se supone corresponder a una reproducción del documento contiene una justificación breve del mismo

* El presente trabajo forma parte de la “Memoria” que el autor prepara como requisito para la obtención del D. E. A. en la Universidad de París VIII, Programa de Doctorado de Tercer Ciclo en Economía Política.

("Hondamente preocupados por el avance del comunismo en Costa Rica...") y trece preguntas a los obispos, del tipo escolar de "cierto o falso" en las que se les interroga sobre la "perversidad", "irracionalidad", "anticristianismo", etc. del comunismo para terminar formulando, a modo de premisa menor del silogismo, la cuestión que, evidentemente encierra el objetivo central de la carta:

"Finalmente, si Pueblo Unido y Frente Popular no representan al comunismo en Costa Rica, díganos los señores obispos cuáles son los partidos comunistas para no votar por ellos".

Queda claro que se busca un pronunciamiento revestido de autoridad episcopal contra los dos partidos que representan en sectores de la opinión pública la "amenaza" comunista.

3. Si se hubiera tratado simplemente de una sincera petición de "orientación electoral", la carta llegaba un poco tarde. Justamente siete días antes, en primera página de otro matutino³ con el titular de "*Debe votarse por aquellos que gobiernen en beneficio de todos y no para minorías*", aparecían declaraciones del Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Román Arrieta, estableciendo principios guías para la conducta de los cristianos ante las inminentes elecciones. A ese nivel el documento es claro. Después de recordar que para todo ciudadano es deber de conciencia votar, inspirado en documentos de Pablo VI el Obispo insiste en cuatro párrafos que los cristianos:

- i. Deben esforzarse por salvaguardar la coherencia entre sus opciones políticas y el evangelio.
- ii. Que pueden estar contra el evangelio partidos *no importa de cuál signo*, que no siguen la iluminación del evangelio, *no con meras palabras o promesas, sino con obras y con verdad*.
- iii. Entre los valores evangélicos indiscutibles destaca el gobernar para beneficio de todos los ciudadanos y no solo para minorías política, social o económicamente poderosas, el reconocer la necesidad de la luz de Dios y el preocuparse por elevar material y espiritualmente el nivel de vida de los sectores más necesitados de la población como lo son los pobres, los obreros y los campesinos.
- iv. Señala, finalmente, la tarea para los cristianos de exigir a los gobernantes respeto por nuestra condición de cristianos, honradez en el manejo del patrimonio nacional, acción contra la corrupción y uso inteligente y responsable de los recursos.

Una mirada objetiva podría haber descubierto aquí la "orientación electoral" necesaria para los cristianos. La carta de la semana siguiente, o ignoraba la publicación del Obispo Arrieta o hallaba, sencillamente, que no convenía a sus verdaderos intereses.

4. En todo caso, una vez más, formalmente como Presidente de la Conferencia de Obispos, Monseñor Arrieta interrogado por los periodistas de "La Nación", con referencia a la consulta del "grupo de ciudadanos", se limitó a manifestar que la orientación solicitada había sido ya dada con toda claridad en enero de 1974, con ocasión de las anteriores elecciones. Los Pastores consideraban que, dentro de la coyuntura actual, dicha declaración conservaba plena vigencia⁴. Probablemente, esta nueva aclaración tampoco satisfizo por completo a los autores de la consulta. El Documento Episcopal de 1974⁵ no desciende al plano concreto de la política costarricense y se mantiene en el de la referencia a "sistemas ideológicos". En ese nivel rechaza igualmente la "ideo-

logía marxista” como la “ideología liberal”, e invita a los costarricenses a buscar “nuestras propias soluciones, basadas en nuestra realidad, en nuestra idiosincracia propias, guiados por Cristo e iluminados por su Evangelio”. Teniendo en cuenta los “orígenes ideológicos”, más o menos remotos, de todos los partidos existentes en Costa Rica y recordando además el contexto restante de la “Octogésima Adveniens”, de Pablo VI, de donde los Obispos toman lo sustancial para su declaración, no es de extrañar que esta nueva intervención de Monseñor Arrieta no tranquilizara los ánimos de quienes querían ver pronunciamientos más precisos de la Iglesia, que colaboraran a frenar, especialmente, a la coalición de izquierda que las elecciones mostrarían —y ya se preveía entonces— como la tercera fuerza política del país.

5. Es entonces cuando se desencadena la breve pero interesante confrontación a que hicimos inicialmente referencia. El artículo firmado por la mayoría del Cabildo Metropolitano, aparece exactamente una semana antes de las elecciones. El mismo día y en el mismo periódico el redactor de política electoral resume lo principal de dicha publicación, precisamente en un párrafo en que recuerda la consulta sobre orientación para votar que hiciera el “grupo de ciudadanos” y luego de mencionar la respuesta dada por el Obispo Arrieta⁶. Al día siguiente, lunes 30, “La Nación” vuelve a informar sobre la misma declaración del Obispo, insistiendo que “La Conferencia Episcopal de Costa Rica reitera a los electores que es obligatorio rechazar la penetración marxista”⁷. El día 1º de febrero en la columna que el ultraderechista “Movimiento Costa Rica Libre” mantiene en ese periódico⁸ aparece, bajo la foto orante del Cardenal Primado de Polonia, el titular “*Un católico no puede ser comunista*”. Después de una rápida y fraccionada cita del Cardenal Wyszinsky, abunda en el tema y exalta —reproduciendo algunas de sus frases— el documento al que llama “Declaración del Vicario General y de un valioso grupo de sacerdotes”.

6. La referencia al “Movimiento Costa Rica Libre” nos obliga a mirar atrás, cuando otro acontecimiento había ampliado ya el marco de la discusión. El mismo domingo anterior se había informado a la opinión pública de un pronunciamiento del Tribunal Supremo de Elecciones —hecho— ante consulta del Partido Pueblo Unido, en el cual se afirmaba la imposibilidad de que dicho “Movimiento” pudiera hacer propaganda política, por no ser partido inscrito. Se añadía que en los asuntos electorales tampoco debían mediar las religiones⁹. La respuesta inicial del grupo afectado aparecía el mismo día en el mismo diario¹⁰. Se trata de una protesta enérgica, un redoblado ataque contra los comunistas y un desafiante uso reiterado del argumento religioso para combatir los partidos de izquierda. En esta nueva brecha abierta se introduce entonces el 2 de febrero otro campo pagado de página entera¹¹ titulado “*Frente a la amenaza comunista la Iglesia nunca ha callado. . .*” Firmado por cerca de ochocientas mujeres el manifiesto protesta contra el Tribunal Supremo de Elecciones por:

“Acallar la voz de representantes de nuestra Iglesia y de una asociación cívica, como el Movimiento Costa Rica Libre por el hecho de señalar la verdad, como lo es que el comunismo es incompatible con el cristianismo. . .”

El encendido llamamiento va precedido, por escasas páginas, de una nueva reproducción del artículo “*Católico. . . y ¿comunista?*”¹² que todavía conocería de una nueva reproducción el 4 de febrero, víspera misma de las elecciones, siempre a página entera, pero esta vez con un formato distinto, la reproducción fotostática de las firmas de sus autores y una ampliación adicional: el telegrama del Obispo Trejos a éstos, felicitándoles por su manifiesto¹³.

La polémica conocerá de algunas derivaciones posteriores al proceso electoral e incluso de algunas intervenciones secundarias con respecto a la línea central de la misma. Lo que más nos interesa, para nuestro actual propósito, es mostrar la alternativa que otro grupo de sacerdotes, religiosos y laicos cristianos ofrecen en publicaciones que confrontan la posición anticomunista. Sin embargo, antes de pasar a este punto mencionemos al menos de forma resumida algunas de las intervenciones marginales aludidas que merecen destacarse.

El 26 de enero de 1978, en "La Prensa Libre" (pág. 2), el Pbro. Reinaldo Pol, sacerdote cubano residente en el país, y que ejerce los cargos de Vicario de Pastoral Arquidiocesana y Jefe de la Oficina de Prensa de la Iglesia Católica, expresa su "opinión muy personal" sobre el comunismo, los acontecimientos electorales y el control de la natalidad.

Para el tema en cuestión su línea de la entrevista queda resumida en su título "*Católicos no deben votar por marxistas*".

En el mismo vespertino, al día siguiente, (La Prensa Libre, 2 de febrero de 1978, pág. 7), la columna "Cabos Suelos", firmada por L. C. R. hace algunas alusiones sutiles a la declaración de los obispos de 1974 y al manejo de argumentos religiosos en política. Explícitamente se limita a señalar (¿irónicamente?) la ignorancia de quienes no saben que las palabras del Papa sólo pueden ser cambiadas por el Papa o la de quienes guardan "el Libro" como talismán.

Las opiniones y tomas de posición se intensifican al acercarse el día de los comicios. El 3 de febrero, un conocido laico católico, el Dr. Adrián Chaverri, afirma en "La República" (pág. 9), que "*La Consulta a los obispos la contestó el Jefe del marxismo*", desarrollando un comentario sobre la incompatibilidad del marxismo con la fe cristiana a propósito de una cita del Secretario General del Partido Vanguardia Popular. A su vez, el Pbro. Rafael M^a Guillén, batallador sacerdote quien ya desde los años cuarenta combatía las posiciones católicas progresistas, se planta ahora ante la prohibición mencionada del Tribunal Supremo de Elecciones diciéndole "*Al Honorable Tribunal Electoral repetuosamente NO*" (La Prensa Libre, pág. 7). Su propósito fundamental es decir a los costarricenses que no pueden votar por los partidos comunistas —especificando: Pueblo Unido, Organización Socialista de los Trabajadores y Frente Popular Costarricense—. Valga recordar que Pueblo Unido es la coalición del Partido Vanguardia Popular (comunista), Partido Socialista Costarricense, y Partido de los Trabajadores¹⁴.

7. Representando toda una manera distinta de enfocar las cosas, las dos primeras reacciones contrarias a la línea anticomunista religiosa son reseñadas en la prensa local poco después de la aparición primera de "*Católico... y ¿comunista?*". La primera de ellas consiste en un comunicado de un grupo de religiosas pertenecientes a la Congregación de las Hermanitas de la Asunción dedicadas al servicio de los pobres y residentes en una barriada popular de los alrededores de San José. Sin mencionar explícitamente la polémica existente, las religiosas, declarándose ajenas a todo movimiento político partidista hacen un llamado a todos los cristianos "para que no permitamos la manipulación religiosa con la que se pretende limitar la participación política de los cristianos". "No creemos —añaden— que el pueblo deba votar por quien quiera el patrón o su párroco"¹⁵.

Allí mismo se extractan algunas ideas de otro artículo escrito por un conocido teólogo local, Director de la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión, de la Universidad Nacional¹⁶. El Padre Abraham Soria ataca directamente el campo pagado "*Católico... y ¿comunista?*", porque en su opinión, "no refleja la actitud ni el juicio de la Iglesia frente al delicado problema del ateísmo". Entre otras ideas interesantes insiste en que "el cristianismo", en virtud de su doctrina sobre la unidad del amor a Dios y al prójimo, piensa que allí donde

alguien con desinterés *absoluto* ama al hombre y se pone al servicio de su dignidad, al afirmar *absolutamente* estos valores está aceptando, al menos implícitamente, a Dios y obtiene de EL, en consecuencia, la salvación (Mateo 25, 18ss). El autor abre con esto, claramente, la posibilidad de seguir analizando la confrontación actual menos en términos de “creyentes” y “ateos” explícitos, y más con otro tipo de categorías, como veremos luego.

8. Los dos artículos anteriores efectivamente dan lugar a la aparición de otros dos pronunciamientos importantes en los que pueden apreciarse el meollo de la confrontación. A escasas horas ya de abrirse las urnas electorales, las páginas del mismo periódico “La Nación” traen dos contestaciones directas a la publicación encabezada por los canónigos. Dos grupos de cristianos, incluyendo varios párrocos rurales, pastores protestantes, teólogos, religiosos y laicos, son los firmantes de los artículos “*Manifiesto Cristiano*”¹⁷ y “*Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes*”¹⁸. Ambos documentos, abundantes en argumentos teológicos serios, concretan al mismo tiempo su crítica al tan difundido “campo pagado” atribuyéndole la utilización de “términos dogmatistas”, “textos del Magisterio de la Iglesia que corresponden a épocas superadas”, incomprensión del “espíritu de sencillez y acercamiento a los más necesitados”, etc. Desarrollados en dos niveles diversos de comprensión¹⁹ orientan con claridad y sin ambages a los cristianos costarricenses en cuanto a la posibilidad de votar por un partido de izquierda cuando así lo crean en conciencia. Es importante señalar como principios centrales de su razonamiento los siguientes:

- La orientación del evangelio hacia los pobres y marginados;
- El compromiso cristiano definido en torno a la construcción del Reino de Dios y éste concretizado en una sociedad donde el hombre no sea explotado por el hombre;
- La legitimidad de la opción política de los cristianos establecida a partir de su adhesión a los sistemas sociales que buscan construir la paz y la justicia con los pobres y marginados.

Con posterioridad, como indicamos antes, en la semana siguiente a las elecciones aparecerán todavía algunas derivaciones de la discusión²⁰. Esta alcaza, sin embargo, su punto culminante con las dos últimas publicaciones mencionadas.

b. Reflexión en torno al significado de la polémica.

9. No es nuestro propósito llevar a cabo un análisis de contenido de todos ni siquiera de algunos de esta serie de artículos. La descripción anterior se orientaba a destacar algunas características de la confrontación, aparentes a los ojos del científico social atento, y que dan lugar a una serie de preguntas interesantes para la ciencia.

Los términos de la o las discusiones, eliminando todo aspecto accidental de las mismas, quedan claramente definidos por los primeros participantes. El objetivo de quienes la inician es, sin ninguna duda, impedir “a los partidos comunistas el ascenso al poder”, llamando a “negar el voto al comunismo ateo” para evitar que lleve “representantes a la Asamblea Legislativa”. Las expresiones son rotundas y no dejan lugar a ambigüedades en este sentido, tratándose como se trata de una coyuntura muy concreta: las elecciones presidenciales, legislativas y municipales de 1978. No importa cuál sea pues, el ropaje de la confrontación, lo que contemplamos aquí es un aspecto de la lucha por el poder político en Costa Rica.

10. La lucha, además se da dentro del campo cristiano costarricense. Tampoco hay lugar para la duda en este respecto, si comparamos las diversas tendencias que se manifiestan en el intercambio periodístico. Es más, se trata de una pugna antagónica, dentro de la Iglesia costarricense, si miramos a los grupos respaldados por los diversos cristianos que intervienen. No se expresan simplemente simpatías o antipatías por determinado partido político. Se oponen decididamente por intereses que podrían identificarse de momento en forma simplificada con las expresiones “salvación de la patria”, “conquista del poder político”, “fortalecer todas las conquistas de libertad y respeto”, por una de las partes. Y por la otra, “solidaridad con los pobres y oprimidos”, “construcción de una sociedad donde el hombre no sea explotado por el hombre”. Los contendientes expresan diversas concepciones en cuanto a lo que entienden por orden y cambio social y, más allá de este nivel teórico, reflejan su identificación con los intereses de distintos grupos o clases sociales.

11. Un tercer punto importante de destacar es el grado de conciencia que los propios polemistas, en general, manifiestan en cuanto a la naturaleza misma de su choque. Se ve más claro en quienes salen al paso del “anticomunismo religioso”, al mostrar a los lectores cómo éste no es sino una forma de lectura de la tradición cristiana que responde a determinados intereses de clase. Plantean un cuestionamiento hermenéutico pero tras éste, implican una acusación de ideologización de la fe y, al mismo tiempo y por el mismo hecho, se identifican con los intereses de las clases sociales afectadas, “producto de una sociedad injusta”, desde cuyas necesidades y problemas ellos mismos tratan de releer el Evangelio. Por su parte, quienes mantienen su beligerante posición frente al marxismo, dan su adhesión implícita a los partidos controlados por la burguesía y aceptan explícitamente que se trata de una lucha por mantener “lo que tanto ha costado a hombres y mujeres” de nuestro país.

12. Estos rasgos de la polémica nos esbozan así un cuadro particularmente atractivo para el estudio científico, sobre todo en la medida en que no constituya un hecho aislado sino un fenómeno, de algún modo representativo, de las relaciones entre las Iglesias —en especial la Iglesia Católica— y el poder político en Costa Rica durante un período significativo de la historia nacional. Trabajamos sobre el supuesto de que, en efecto, dentro de lo que estimamos la unidad histórica de 1940 a 1978, este encuentro periodístico entre cristianos, mayoritariamente católicos, es uno más de una serie de hechos que muestran un cierto grado de heterogeneidad tanto en cuanto a las acciones prácticas, como a la producción doctrinal de la Iglesia Católica referente a los procesos socio-políticos y económicos del país. Quizás podría hablarse incluso no solo de “un hecho más” sino de uno que marca un momento progresivo dentro del período. La racionalidad de ambos supuestos la mostraremos en el párrafo siguiente.

c. Ubicación de estos hechos dentro del período 1940-1978.

13. Existe una serie de elementos que fundamentan como razonable la interpretación de esta polémica como un signo relativamente representativo —y quizás muy desarrollado— de un proceso vivido por la Iglesia Católica costarricense al menos durante los últimos treinta y ocho años. Tomando tentativamente como punto de partida la década de los cuarentas por el significado que tiene para la vida económica y sociopolítica del país²¹, podemos situar entonces todo un número de acontecimientos que se producen en el área religiosa de la vida nacional, dentro de esta misma unidad temporal. Corresponde al momento histórico definido por la crisis del modelo agrícola exportador tradicional y los antecedentes e inicios del nuevo “modelo de desarrollo” que se pretende ca-

racterizar por el “proceso sustitutivo de importaciones” mediante el impulso de ciertos niveles del sector secundario de la producción. En el campo político, también provisionalmente, podemos delimitarlo entre la subida al Gobierno del Dr. Rafael A. Calderón Guardia y el final de la administración del Lic. Daniel Oduber Quirós²². Ateniéndonos ya más a la mayor o menor relevancia de acontecimientos religiosos de esta época —diferente grado de publicidad o resonancia en la vida del país— siempre considerando su relación con la transformación social y económica, podríamos agruparlos en tres núcleos de acontecimientos:

- i) los que se dan en torno a la actuación del Arzobispo Víctor Manuel Sanabria Martínez, respecto a la así llamada “cuestión social” (1942-1949).
- ii) la época del relativo “silencio jerárquico” en materia explícitamente socio-política y económica (1949-1968).
- iii) la aparición de los primeros grupos cristianos —sacerdotes, religiosos y laicos— renovadores de la relación entre la Iglesia y la transformación política y económica del país (1967-78).

Cada uno de estos “núcleos de acontecimientos” se amplían a continuación de manera predominantemente descriptiva; su análisis detallado es parte, precisamente, de la investigación a realizar con base en el presente trabajo. Aunque existe una cierta arbitrariedad en el modo de agrupamiento, se señalarán las razones en que se fundamenta. Se trata, en todo caso, de una división instrumental, tendiente a facilitar el arranque de nuestro estudio.

i) La época de Sanabria.

14. El primer “núcleo de acontecimientos” lo llena la acción del Arzobispo Víctor Manuel Sanabria Martínez (1899-1952). Habiendo ocupado la Sede arquidiocesana de San José durante doce años (1940-1952) es, sin duda, la figura más extraordinaria que ha producido la Iglesia costarricense en toda su historia. Historiador destacado, pastor ejemplar y hábil político, son algunas de las facetas que le distinguen según lo admiten quienes le conocieron o le han estudiado²³. Para los propósitos del presente estudio, interesa su planteamiento de la llamada “cuestión social”, y las intervenciones a las que éste le llevó en el campo de la política y la economía. Particularmente sugerentes para el análisis son su participación en la lucha por el establecimiento constitucional de las Garantías Sociales, su apoyo directo en el campo de la organización y formación obrera, y en relación con todo esto, la debatida “alianza inverosímil”, a la que llega con él la Iglesia y el Partido Comunista en Costa Rica.

15. Es característica de una serie de pronunciamientos eclesiásticos o de obras del campo católico, el referirse bajo el epígrafe de “la cuestión social” a los aspectos centrales —socio-políticos y económicos— de la problemática de la clase obrera tal y como va desarrollándose una conciencia de la misma a partir del siglo diecinueve²⁴. También el Arzobispo Sanabria utiliza la expresión al hacer sus primeras incursiones en el área, ya desde su primer nombramiento episcopal, en la Diócesis de Alajuela. Referencias explícitas se encuentran en su Carta Pastoral, al tomar posesión de dicha sede y, luego, en la que escribe al asumir el gobierno de la Arquidiócesis²⁵. Sin embargo, si para él el tema engloba “cuestiones fundamentales de justicia, de caridad y de cristiana equidad”, al margen de la cual la Iglesia no puede colocarse, es necesario recordar brevemente, aunque sea de manera general, las características locales que asume esa “cuestión social” en la Costa Rica de los años cuarenta para enmarcar debidamente la posición del Arzobispo y comprender sus alcances.

Se trata de una época de desajustes para un país donde está haciendo crisis la sociedad agraria tradicional y la economía que la caracteriza. Son elocuentes las expresiones de John Patrick Bell al resumir la situación de la siguiente manera:

*“En general, los costarricenses padecían la pobreza y los males que la acompañan. No obstante, ni el sector público, ni el sector privado de la economía manejaban capital de inversión en volumen suficiente para romper el círculo vicioso de la pobreza que tiende a autopropetarse. Las viviendas eran inadecuadas y los servicios de transporte deficientes. El desempleo y el subempleo restringían el poder adquisitivo. Las enfermedades endémicas acortaban la esperanza de vida del costarricense y condenaban a muchos a una gran miseria. La desnutrición y las enfermedades de ella resultantes afectaban a gran parte de la población infantil”*²⁶.

Y enseguida concluye la descripción citando la frase de un periodista chileno de la época quien luego de visitar Costa Rica había quedado convencido de que “lo que estaba realmente bien dividida en este país era la pobreza”²⁷.

16. Si el problema había sido ya objeto de interés y controversia políticas desde la época del reformismo de Jorge Volio, la agudización de la crisis durante la década de los treinta y la labor del Partido Comunista que, en opinión de Bell, había logrado insertar el tema en la conciencia de la nación, lo convertían ahora en situación poco menos que intolerable. Y es con este telón de fondo que sube al Gobierno el Dr. Calderón Guardia. Gana holgadamente las elecciones de 1940, gracias a su enorme popularidad, por su imagen de médico humanista y filántropo y, también, por el apoyo de una oligarquía que, sin embargo, lo abandonará tan pronto inicie su programa de reforma social.

17. Una coincidencia histórica se produce entonces, al encontrarse el Dr. Calderón y el Arzobispo Sanabria presidiendo el Gobierno y la Iglesia de Costa Rica, respectivamente.

*“El arribo simultáneo de estos hombres al poder civil y al eclesiástico movilizará al país a su experiencia más importante de transformación social. Su entendimiento canalizó un conjunto de fuerzas sociales que en otras circunstancias difícilmente hubieran encontrado expresión y realización”*²⁸.

Por una parte Víctor Manuel Sanabria, de origen campesino y modesto, cuyos propios rasgos físicos revelaban su parentesco indígena, había señalado con claridad, como una de sus líneas pastorales, la lucha por la justicia social. Por otra parte, el Dr. Rafael A. Calderón, formado en la Universidad Católica de Lovaina y en la Universidad Libre de Bruselas, proveniente de una familia tradicionalmente católica, se presentaba con razón, como discípulo de la Escuela del Cardenal Mercier y de las Encíclicas sociales.

El prelado emprenderá toda una reorganización —prácticamente creación— de la Acción Católica en Costa Rica, con énfasis de servicio a los obreros y a los campesinos. En su esfuerzo “toda la cooperación que Sanabria no encontró en los sectores eclesiológicos mayoritarios la halló en el Presidente Rafael Angel Calderón”²⁹. Este, a su vez, ya en 1942 había perdido el apoyo de los sectores oligárquicos y encontraría en el Arzobispo un fuerte apoyo.

18. La coincidencia en el tiempo no es, sin embargo, más que un elemento entre otros. La presencia en el escenario nacional de otras fuerzas que

amenazaban con agravar aún más la ya crítica situación de los sectores populares podría haber empujado a Sanabria a tomar cartas en el asunto. Dichas fuerzas se enemistan con el Gobierno precisamente “por haber declarado la guerra al Eje, lo cual afectó los intereses económicos de la oligarquía y más importante, por haber creado la Caja de Seguro Social”³⁰.

Sobre el primer punto José Luis Vega aclara que:

“los grandes capitales agro-comerciales y de la Banca ya estaban descontentos a la altura de 1942 con un régimen que había intervenido con mano dura los intereses económicos alemanes, que predominaban en las ramas del café, el azúcar y la Banca. Con estas medidas se amenazaba a la clase capitalista en su conjunto y se contribuía a crear un clima de incertidumbre”³¹.

Es entonces, sobre todo en relación con la aprobación de las Garantías Sociales que se manifiesta la intervención del Arzobispo Sanabria en la vida política del país. Incluso un conocimiento superficial de los hechos de este período permite destacar como puntos característicos de dichas intervenciones los siguientes:

- a. Su decidido apoyo, junto con el del resto del Episcopado costarricense, que él promueve, al planteamiento de las Garantías Sociales;
- b. El entendimiento con el Partido Comunista para buscar un método común de acción y para lograr una meta común.

A estas dos líneas de actividad del Obispo, estrechamente vinculadas y enormemente debatidas, debe añadirse también otra forma de participación en la vida económica del país: el impulso que brindó a la organización y a la formación de la clase obrera.

19. Estudiosos posteriores han dado diversas interpretaciones y emitido juicios diversos sobre los hechos. En lo que todos concuerdan sin embargo, es en afirmar que el Arzobispo Sanabria jugó un papel importante de apoyo para la aprobación de las Garantías Sociales y, al mismo tiempo, en la nueva orientación que entonces empieza a fraguarse constitucionalmente para la democracia en Costa Rica. Su participación directa en las luchas y la alianza realizada de hecho con el Partido Comunista —muchos años antes de que el Concilio Vaticano II abriera nuevas rutas para el diálogo a la Iglesia—, son suficientes, aún estrechamente esbozadas, para mostrar el aporte importante de la Iglesia Católica en un momento clave de la transformación económica costarricense más reciente.

20. Vega Carballo observa cómo la situación de esta alianza (Gobierno, comunistas e Iglesia) era:

“bastante contradictoria y a la vez precaria. Por una parte el comunismo nacional en asociación con la Iglesia Católica respaldaba a un régimen en apariencia reformista, pero cuyos procedimientos de gobierno eran tildados de demagógicos, electoralmente fraudulentos y corruptos (. . .) Por otra parte, la Iglesia lanzó su propio movimiento sindical que culminó en 1945 con la fundación de la Rerum Novarum (sindicato católico) con lo cual se buscaba restar adeptos a las organizaciones sindicales comunistas, que con la promulgación del Código de Trabajo, las Garantías Sociales y otras medidas populistas, habían proliferado y casi adquirido la hegemonía en ese campo”³².

Si bien algunas de las apreciaciones de este autor no se fundan adecuadamente, en nuestra opinión, en los propios escritos de Sanabria, es innegable que una cierta contradicción existía y llegaba también a reflejarse en los diferentes aspectos de la obra del Arzobispo. Quizás por esto mismo puede detectarse una cierta indefinición o ambigüedad en su línea central de acción, más manifiesta, puede ser, en lo que se refiere al movimiento sindical que impulsó. Sanabria ya desde 1940, había pensado en diversos tipos de mecanismos que respondieran a las necesidades de organización y formación de la clase obrera y en sus conversaciones de junio de 1943 con el Secretario General del Partido Comunista Costarricense le anunció que patrocinaría un sindicalismo católico. No será sino hasta 1946 cuando complete su deseo en forma global, creando la Liga Espiritual Obrera y la Juventud Obrera Católica, pero el 15 de setiembre de 1943, fecha de promulgación del nuevo Código de Trabajo, es también la de la constitución oficial de la *Central de Sindicatos Costarricenses Rerum Novarum*. Las razones del Arzobispo para crear este tipo de organización para los trabajadores, con patrocinio eclesiástico, eran, junto a las obras de “mejoramiento socio-económico de la clase obrera” las de brindar una alternativa diversa del sindicalismo comunista, evitar el uso con fines políticos de la legislación social por parte de un solo bando partidario y la de neutralizar al comunismo³³. La ambigüedad en Sanabria mismo aparece, sobre todo, en cuanto sus expresiones verbales permanecen literalmente fieles a la línea oficial de la Iglesia Católica referente al comunismo; de hecho, sin embargo, en la práctica adopta una actitud decidida de colaboración real con éste en la consecución de una meta común.

21. Las disparidad de interpretaciones existente sobre las razones del acuerdo entre el Arzobispo y el comunismo local y la relativa indefinición a la que hemos hecho referencia, muestran a las claras la dificultad de juzgar rápidamente el papel jugado por la Iglesia Católica, en la persona de su máxima jerarquía, durante esta época. No digamos ya cuán complejo resultaría el juicio si, además, analizáramos el pluralismo de tendencias que se observa entonces entre los católicos costarricenses, con posiciones diversas frente a la asumienda por su más destacado Obispo.

Dejando aparte una exposición de las diversas interpretaciones principales sobre la así llamada “alianza inverosímil” resumimos una sola de ellas por compartirla y por parecernos de valor para nuestro estudio. Según este autor³⁴ las razones básicas para la colaboración con el partido comunista, que se deducen de las propias reflexiones de Sanabria, serían:

- a. la necesidad de unir a todos los sectores interesados en la justicia social;
- b. de dicha unidad sólo se habían autoexcluido los liberales;
- c. la Iglesia y su causa no pueden enfeudarse con un solo grupo;
- d. el pueblo no comprendería por qué la Iglesia sólo atacaba el materialismo y ateísmo de los comunistas y no el de los liberales de clase alta (con su positivismo);
- e. en la organización comunista se veía en ese momento la única alternativa política con ayuda de la cual el pueblo podía aspirar a mejoras sociales.

ii) *La época del relativo “silencio jerárquico”.*

22. Los últimos cuatro años del episcopado de Sanabria, señalan un “cambio de énfasis” en cuanto a intereses pastorales y doctrinales del episcopado costarricense. Acaba de ser librada una guerra civil³⁵ en la que había

